

**DUFOUR, G.: JUAN ANTONIO LLORENTE EN
FRANCE (1813-1822). CONTRIBUTION À L'ÉTUDE
DE LIBÉRALISME CHRÉTIEN EN FRANCE ET EN
ESPAGNE AU DEBUT DU XIX^e SIÈCLE, GENÈVE,
DORZ, 1982, 375 PP.**

Por Emilio LA PARRA LOPEZ

Este libro, al tiempo que clarifica la figura de Juan Antonio Llorente, personaje esencial en un momento clave de nuestra historia, confirma la vigencia y fecundidad de ese grupo de hispanistas franceses del que han surgido figuras señeras y cuya pervivencia, a juzgar por obras como ésta y otras recientemente aparecidas, está más que asegurada. Podríamos añadir, aún, que esto es de singular importancia para los historiadores españoles, pues posibilita un intercambio de ideas, planteamientos y métodos sumamente enriquecedor. A veces —quede esto como nota triste en este optimista panorama— son precisamente los hispanistas franceses los primeros en valorar la producción historiográfica de alguno de los nuestros. Para la época que nos ocupa, el tránsito del siglo XVIII al XIX, la labor del hispanismo francés es fundamental. Hace años que los escritos de F. López, J. R. Aymes, A. Dérozier, los Demerson..., vienen siendo considerados por los estudiosos españoles aportaciones esenciales, al igual que anteriormente lo fueron los de Grandmaison, Fugier, Défourneaux, Guinard, Sarrailh, Vilar, etc., todos grandes maestros de los que muchas generaciones de historiadores son deudoras.

El profesor Gérard Dufour se inscribe en la mejor línea de esta tendencia a que nos referimos. Actualmente dirige la «Unité d'Enseignement et de

Recherche des Langues Romanes et de l'Amérique Latine» de la Universidad de Aix-Marseille I y, a pesar de su juventud, cuenta en su haber, aparte del trabajo que comentamos, su obra capital, una edición con introducción y notas de la *Memoria histórica sobre cuál ha sido la opinión pública de España acerca del Tribunal de la Inquisición*, de Llorente⁽¹⁾, así como varios trabajos sobre los afrancesados⁽²⁾. Ha trabajado con el profesor Défourneaux, hasta la muerte de éste, y con Guinard, lo que permite presumir su enlace con esa generación de maestros a que antes aludíamos. Desde esta perspectiva, no es dudoso que nos acerquemos a su libro con el convencimiento de hallarnos ante un especialista, y cabría decir desde ahora, ante el más caracterizado conocedor de Llorente.

No es gratuita esta afirmación, pues esta obra, a pesar de su subtítulo, no se limita a estudiar la etapa del exilio del clérigo español, sino que pergeña, aunque con mayor brevedad —como es lógico— todo el período anterior a su salida de España. De ahí que en este estudio podamos distinguir las tres grandes facetas del personaje Llorente, que corresponden con sendos momentos de la crisis del Antiguo Régimen en España: el clérigo ilustrado ambicioso y dispuesto a luchar por alcanzar los máximos honores en la Iglesia y en la vida política nacional, el afrancesado que logra sus propósitos políticos y el intelectual liberal que pretende ver realizados en la práctica sus planteamientos teóricos. Esta variedad proporciona a la personalidad de Llorente una indudable riqueza (y, por ende, un valor excepcional como personaje histórico), a la vez que obliga a pensar en una figura singular aunque no precisamente única.

En efecto, no sería aventurado afirmar la existencia de personajes con los matices y singularidades de un Llorente en la época de la crisis del Antiguo régimen español, precisamente debido a las características de aquella coyuntura histórica. La falta de estudios como el que comentamos impide, aún, conclusiones definitivas, mas obras como la de Dérozier sobre Quintana, G. Demerson sobre Meléndez Valdés, C. Seco acerca de Godoy, Gil Novales sobre las sociedades patrióticas, etc., además de la de Dufour, abundan en una idea cada vez más nítida al respecto. Hace poco sistematizó Mestre las diversas tendencias ideológicas presentes en España en los últimos años del siglo XVIII⁽³⁾. Gil Novales y M. Revuelta han reflejado, de manera diferente aunque igualmente clarificadora, la multiplicidad de líneas de acción durante el Trienio. M. Artola, en una vasta producción, ha hecho lo propio para la época de la guerra de la Independencia. Basten estas alusiones, en modo alguno las únicas posibles, para confirmar la conveniencia de no reducir el final del setecientos al enfrentamiento ilustrados-oscurantistas y los primeros decenios del XIX a la pugna liberales-realistas. No cabe duda de que la realidad ideológica fue más rica. En primer lugar, porque las ideas renovadoras nunca procedieron de una fuente única; además, porque los personajes señeros adoptaron posiciones a veces duales, cuando no ambiguas, debido a condicionamientos

materiales o de ambición personal (en este sentido es paradigmático el caso de Llorente), y, por último, debido a que los planteamientos ideológicos, si no originales, fueron al menos más fecundos y serios de lo que una historiografía caduca o sólo preocupada por ciertos aspectos ha mantenido.

Resulta, enlazando con esto último, que a veces la tarea más trabajosa del investigador en estas materias consiste en deshacer falsas imágenes heredadas. No pocas páginas tiene que dedicar Dufour a desmentir, o matizar, muchas afirmaciones ya escritas sobre Llorente⁽⁴⁾. Esto reactualiza la máxima goethiana sobre la necesidad constante de escribir la historia, pero también obliga a un esfuerzo complementario demasiado oneroso. Ciertamente resulta más sencillo añadir los datos de la nueva documentación a los esquemas heredados (y no son pocos los que así proceden en nuestros días), mas así cabe esperar pocos avances en la construcción de una historia científica y no meramente erudita o positivista. El capítulo dedicado por Dufour a la obra capital de Llorente, la *Historia crítica de la Inquisición*, es un ejemplo de lo que acabamos de afirmar y, anotemos, el único estudio hasta la fecha realizado mediante el análisis del texto y no sobre las interpretaciones de la supuesta personalidad del autor, por lo que resulta —por sí sola— una aportación esencial del libro.

Debemos repetir que el planteamiento de Dufour es renovador y por eso el libro logra su propósito de clarificar la actuación de Llorente, a la vez que abre interesantes vías a trabajos posteriores. En tres puntos de esta obra una visión acabada del objeto de su estudio (la figura eclesiástica de Llorente, su ideología, sus vicisitudes durante el exilio) y en uno, especialmente, abre un camino de fecundo porvenir, a nuestro entender: la constatación de que las ideas de Llorente son las de un grupo, calificado por Dufour como «libéralisme chrétien», que existió hacia los años 1820 tanto en España como en Francia y fue muy activo, aunque minoritario.

Dufour esboza con precisión en las primeras páginas la figura de un clérigo ilustrado, no siempre comprometido con todas las obligaciones de su estado, caracterizado por su ambición por escalar en la jerarquía eclesiástica y en la política. Su vasta producción erudita, a veces poco ajustada a las reglas de la crítica histórica (es significativo que se lo hiciera notar esto Pérez Bayer), bascula en torno a tres objetivos: ganarse la benevolencia del Gobierno, servir —en ocasiones contra sus convicciones más íntimas— a los intereses del clero de Calahorra, en el que está inscrito, y frecuentar a la alta nobleza. Los escritos a que dan lugar estos propósitos son documentados con rigor por Dufour, así como las relaciones de Llorente con el grupo jansenista de fines del XVIII, en especial con Urquijo y Jovellanos. Queda así encuadrado nuestro personaje en esa generación reformista que participa en primera línea en las luchas ideológicas habidas en el reinado de Carlos IV, ya estudiadas por Mestre, Olachea y Paula de

Demerson, cuya visión se nos completa ahora con la inclusión del clérigo aragonés.

La opción por José I significó la culminación de la carrera política de Llorente, mas a la vez fue una salida lógica dada su trayectoria anterior. Como su amigo Meléndez Valdés, fue un entusiasta afrancesado, guiado por los motivos conocidos hace tiempo gracias al estudio de Artola. Las funciones de Llorente en el seno de la nueva dinastía fueron amplias como propagandista del nuevo régimen, y se convirtió en su más notorio teórico en materia de disciplina eclesiástica), por lo que «était donc, pour Joseph, un collaborateur cher. Mais aussi, combien précieux» (p. 30). El período josefino coincide con el de la máxima prosperidad económica de nuestro clérigo, asunto que siempre le preocupó en extremo y al que Dufour presta notable interés a lo largo de la obra, presentando así una faceta no siempre cuidada en estudios sobre los afrancesados.

El exilio dignificó la «muerte civil» de Llorente, las penalidades pecuniarias y todo tipo de contratiempos personales, mas deviene en el momento más fecundo de su producción intelectual. A él está dedicado el grueso de este estudio. Con un cuidado notable en la documentación, muy rica en todas las ocasiones, el autor va siguiendo paso a paso, al hilo de las circunstancias históricas, la posición de Llorente y su producción intelectual. Logra así, manteniendo en todo momento ese difícil equilibrio entre el análisis riguroso de su obra y los rasgos biográficos, trazar la auténtica dimensión de Llorente. El historiador se mueve siempre entre el análisis de cada una de las obras llorentinas (ofreciendo por primera vez una relación detallada de éstas, así como las circunstancias de su publicación) y la documentación de archivo de primera mano. Y es así como la figura de Llorente adquiere esa dimensión poliédrica y a veces paradójica muy propia de las personalidades cimeras de los momentos de crisis.

En la producción literaria de Llorente tuvo notable incidencia la penuria económica padecida durante el exilio. Buena parte de su obra la escribió en busca del beneficio económico por la venta de los libros o por las colaboraciones en revistas, de ahí el frecuente oportunismo en los temas. También fue una constante, sobre todo en los primeros años del exilio, el esfuerzo por obtener el permiso para regresar a España y, aún más, los intentos para percibir alguna de las rentas eclesiásticas de que gozara aquí. Estas circunstancias obligaron a Llorente a escribir misivas a veces humillantes al monarca o a políticos influyentes y a recurrir, en sus alegaciones frente al Cabildo de Toledo solicitando el reintegro de sus rentas, a variadas argucias legales. Junto al exiliado amargado y en ocasiones extrañamente adulator (repárese en su *Genealogía* de Fernando VII), existe el eclesiástico deseoso de reformar en profundidad la Iglesia, el patriota que protesta contra los escritos franceses poco considerados con la cultura española y el político que incluso recurre a la intriga secreta para lograr

ver cumplidos sus planteamientos teóricos. Todos estos matices se hallan en un hombre de sólida formación intelectual, con una capacidad de trabajo más que notable, sincero a pesar de sus paradójicas alternancias de argumentos y siempre muy osado en los temas elegidos para sus escritos.

El radicalismo de Llorente en materias eclesiásticas y su influencia en el ala más avanzada de los diputados de las Cortes del Trienio tal vez eran los aspectos más conocidos entre nosotros, sobre todo tras los improperios propinados por Menéndez Pelayo y las breves alusiones efectuadas, con más cordura, por Revuelta⁽⁵⁾. Dufour lo confirma, pero al hacerlo con la precisión ya apuntada consigue darnos una visión más acertada y, por supuesto, matizada. Llorente fue un acérrimo regalista, particularmente enemigo de la Curia romana hasta el punto de que en su *Proyecto de Constitución religiosa*, «il en est arrivé à inciter à la solution radicale: la rupture de fait avec Rome» (p. 213). Su notable aproximación al protestantismo, su clara defensa de la tolerancia religiosa y el furioso regalismo le llevaron, incluso, a alejarse del galicanismo y del liberalismo, tanto francés como español, con que tan unido siempre estuvo. En este sentido, su figura, siempre odiada por los «ultras» de una y otra parte de los Pirineos, queda a veces también aislada del ambiente liberal y, sin embargo, no estuvo solo en esta actitud y sus planteamientos en general no fueron tan desorbitados como una lectura rápida de sólo algunas de sus obras da a entender. Si se analiza exhaustivamente su pensamiento (éste es el mérito de Dufour), la conclusión es distinta.

Admitamos, desde el punto de vista católico, ciertos exabruptos por su parte (p. e., el odio excesivo al Papa, la crítica del celibato eclesiástico o ciertas imprecisiones dogmáticas), mas en la base de su pensamiento esto no fue lo esencial. Para él lo fundamental, por lo que luchó toda su vida, consistió en lograr una Iglesia nacional autónoma frente a la Santa Sede. A este objetivo supeditó los demás, incluso sus actividades políticas, sólo concebibles para él como medio encaminado a lograr esa Iglesia auténtica similar a la de los primeros siglos del cristianismo. Se trata, por consiguiente, del mismo ideal mantenido por el catolicismo ilustrado, tan fructífero en España a pesar de todo, e intentado aplicar por las Cortes de Cádiz. Ahora bien, las circunstancias de su vida y el momento histórico en que vivió no le permitieron ver triunfante su ideal. Es por eso que arreció las críticas a lo que consideraba el obstáculo principal (Roma y el ultramontanismo) y recurrió a todos los medios (incluso ingresó en la carbonería) para hacer triunfar su idea. De esta manera, evolucionó hacia un cristianismo liberal, tolerante y claramente despegado de Roma, si bien en todo momento los fundamentos de sus teorías no variaron. Dufour expresa esto con las siguientes palabras: «Même si les événements l'ont amené à formuler des critiques de plus en plus virulentes contre la papauté et à passer du catholicisme éclairé à un libéralisme chrétien condamné par les catholiques, les fondaments de sa théorie restent les mêmes» (p. 358).

Estas precisiones son de excepcional interés para entender nuestro primer liberalismo, en cuyos planteamientos ideológicos ocuparon un lugar señero las ideas religiosas. Existe una corriente, en España y en Francia, aunque con matices diferentes en una y otra parte, que desea desde el siglo XVIII una reforma de la Iglesia en profundidad tomando como base la entonces denominada «Iglesia apostólica» o primitiva. Este ideal no consistía sólo en lograr la autonomía, económica sobre todo, de Roma, sino que implicaba además serias reformas. En nuestra patria desbrozó el camino todo el grupo relacionado con Mayáns, lo prosiguió la generación jansenista finisecular y, ya entrado el siglo XIX, lo asumió por entero el grupo liberal presente en las Cortes de Cádiz, cuyas ideas se enriquecieron con las aportaciones del Sínodo de Pistoia y la Constitución del Clero francés. El fracaso de la experiencia de Cádiz no conllevó el abandono del proyecto, pues en el Trienio se vuelve a intentar. Revuelta ha demostrado cómo se planteó en las Cortes; Dufour averigua cómo Llorente, desde el exilio, influye en esa labor y la intenta, por su parte, en conexión con el grupo liberal francés que, más o menos relacionado con Gregoire, hace idéntico planteamiento. Queda evidente, en todo caso, que Llorente, como otras personalidades españolas aún no estudiadas, o como J. L. Villanueva necesitadas aún de más atención, se inscriben en esta línea, sin duda la que se planteó la reforma de la Iglesia con mayor seriedad, aunque no siempre dentro de la más estricta ortodoxia tal como ésta se entendía entonces.

El balance, en conclusión, sobre esta obra no puede ser más positivo. En estas líneas nos hemos limitado tan sólo a resaltar algunos aspectos. Otros, como sus importantes aportaciones a la historia de la Literatura, sus numerosos datos sobre la edición de libros en la época, las noticias acerca de personajes centrales del movimiento afrancesado o, por concluir una relación que proseguiría largamente, el sugestivo planteamiento de las relaciones culturales entre Francia y España y entre los exiliados españoles en Francia y los que están extrañados en Londres alrededor de Blanco White, requerirían un comentario que sobrepasaría, con mucho, las posibilidades de una reseña bibliográfica. Queden, pues, a título de alusión como muestra de la riqueza de una obra ejemplar de investigación histórica.

NOTAS

(1) Publicada en París, PUF, 1977, 193 pp. Esta edición supera, con mucho, a la efectuada por V. FERNANDEZ VARGAS, Madrid, Castelltote Ed., 1973, con el título *La Inquisición y los españoles*.

(2) Entre otros, ha publicado G. Dufour: «Infidencia et Afrancesamiento: quelques données statistiques», en *Etudes d'Histoire et de Littérature ibéro-américaines*, París, PUF, 1973, pp. 39-53; «Les Victimes de Torquemada (Les calculs de Llorente: sources et méthodes)», en *Cahiers du Monde Hispanique et Luso-brésilien — Caravelle—*, n.º 25 (1975), pp. 103-118; «Llorente, défenseur de l'Espagne et de l'Inquisition», en *Mélanges à la mémoire d'André Joucla Ruau*, Université de Provence, 1978 (I), pp. 157-165; «Le Centralisme des Afrancesados», en *Nationalisme et littérature en Espagne et en Amérique latine au XIX^e siècle*, Université de Lille III, pp. 11-24.

(3) MESTRE, A.: «Religión y cultura en el siglo XVIII», en *Historia de la Iglesia en España*. IV, Madrid, BAC, 1979, en especial las páginas 717-743.

(4) Los esfuerzos de Dufour por corregir muchos datos dados por válidos por la historiografía sobre Llorente son similares a los realizados por Ferrer Benimeli en sus estudios sobre la masonería española, otro tema conflictivo.

(5) REVUELTA GONZALEZ, M.: *Política religiosa de los liberales en el siglo XIX. Trienio Constitucional*, Madrid, CSIC, 1973, pp. 80-81.